

plaza pública para la edición del 24 de mayo de 1996

Fidel: ¿la última batalla?

miguel ángel granados chapa

██████████ Por supuesto que a las consideraciones que siguen se puede contestar con el verso del Tenorio: "los muertos que vos matais gozan de cabal salud". Pero quizá se pueda fechar el acta de defunción del Congreso del Trabajo el 22 de mayo. Y también sería esa la data de la batalla postrera de Fidel Velázquez, batalla que sólo en apariencia ha sido victoriosa.

Mentiría quien dijera que el Congreso del Trabajo ha sido un ejemplo de democracia participativa a lo largo de sus treinta años de vida. Nunca fue preciso obtener el asentimiento de la mayor parte de las agrupaciones reunidas en esa organización para dar curso al nombramiento de presidente. Pero no reconocer la naturaleza crítica del actual momento, y proceder como se hacía en los años de la unidad granítica del Congreso, revela una carencia de sensibilidad que avala el gracejo de que el Congreso del Trabajo en realidad está ya muerto pero no se ha dado cuenta de que lo está.

El Congreso cumplió adecuadamente el verdadero propósito de su creación en 1966. Ese objetivo consistió en regular el conflicto político resultante de la existencia de dos corrientes sindicales gobiernistas, la encabezada por la Confederación de

Trabajadores de México, y la reunida dentro o en torno de la Central Nacional de Trabajadores, creada en el sexenio anterior para balancear el poder cetemista. A la luz de lo ocurrido en el lustro inicial del Congreso del Trabajo, es difícil determinar si todo fue una añagaza para neutralizar a la CNT y a su principal dirigente, Rafael Galván, o si verdaderamente se pretendió construir un organismo que cobijara a la totalidad del obrerismo mexicano. Porque antes de que se cumplieran cinco años de vida del Congreso, Galván había sido expulsado de él, y suprimido el balance representado por la CNT. En sentido contrario a su meta inicial, el Congreso fue empleado en los años siguientes no para favorecer la unidad de los trabajadores, sino como ariete en la lucha de Fidel Velázquez contra Galván mismo (en el gremio electricista) y contra el sindicalismo independiente.

Pasada esa etapa de rijosidad, el Congreso llegó hasta a tener alguna apertura respecto de por ejemplo los sindicatos universitarios, apertura que no fue cabal pero que significó deponer el ánimo pugnaz de exterminar al enemigo, propio de las formas cavernarias. Pero hasta allí se detuvo la transformación del Congreso. Luego se refugió en el quietismo. Apenas lo modificó en 1978, al organizar la primera asamblea del proletariado, carente de consecuencias prácticas o programáticas, no digamos en el gobierno (ahito entonces de su propio triunfalismo petrolero) sino aun dentro

del propio movimiento obrero, que ha carecido de brújula cuando más la ha necesitado, en los años del neoliberalismo.

Anteayer, un grupo importante de miembros del Congreso no sólo desairaron con su ausencia la elección del nuevo presidente, sino que la impugnaron por su forma y por su fondo. Aun si se le considerara sólo cuantitativamente, el fenómeno no es soslayable: se trata de la cuarta parte, 10 de 39 integrantes del Congreso. No diré que le ocurre a ese organismo lo que a un cuadrúpedo al que le falta un remo, que queda impedido o al menos baldado. Pero el número en sí mismo no es irrelevante. No siéndolo, es todavía más importante la deslegitimación del Congreso, resultante de que sean sindicatos muy significativos política y estratégicamente los que den el tono al grupo impugnador. Si se sigue, por contraste, el razonamiento de Fidel Velázquez, que desdeñó a los tranviarios porque ya no hay tranvías, se debe conferir especial atención al hecho de que junto a los tranviarios figuren en la fracción disidente el magisterio, los telefonistas, los pilotos, los trabajadores de la seguridad social, los electricistas que surten de fluido a la capital de la República, etcétera.

Asimismo, a la talla del grupo impugnador debe añadirse su activismo y su capacidad de convocatoria. Los diez son en realidad 21, que es el número de participantes en el Foro "El sindicalismo ante la nación". En ese foro, y en torno suyo, se han expresado

algunas de las preocupaciones más vivas de los trabajadores, organizados o no, en estos años críticos. La decisión de los foristas de marchar el Primero de mayo (en desacato al ánimo inmovilista del grupo dominante en el Congreso) no entraña sólo desobediencia sino la resolución de privilegiar, por sobre la falsa unidad, la atención a las demandas de las porciones más sensibles de la sociedad.

Para colmo, como si se tratara de acumular defectos en una decisión que se sabía incómoda, por no reunir consenso en cuanto al procedimiento, Fidel Velázquez cometió el error de escoger como campeón para su última batalla a Víctor Flores, un dirigente que no ha acreditado en ningún sentido aptitudes para encabezar nada, ni a su propio sindicato, el ferrocarrilero. Se dirá que el panorama es triste, y que no hay mucha tela de dónde cortar Y se tendrá razón. Pero se incurrió en un exceso que será punible.. ██████████